

Seminario Teológico de Puerto Rico

Nyack College

Diario de Aflicción

Abimael Rodríguez Colón

Formación Espiritual Personal (PMN346)

Prof. Rina M. García Rodríguez

*“Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado”*¹. Estas palabras de David son las mismas palabras que he citado en incontables ocasiones por muchos años en mis oraciones o inmediatamente hago algún pecado. Luego continuo con las siguientes palabras del mismo David *“contra ti he pecado, solo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos;”*.² Este salmo 51 ha sido uno de los salmos que más he usado para derramar mi alma al Señor y aun escribiendo esto, al citarlas, despierta en mí una serie de emociones, a causa de ese sentimiento de culpabilidad y la sensación que deja el serle infiel al Señor constantemente.

Pudiera escribir todo el salmo, porque realmente es el más que he usado para trabajar en mi vida, ya que logra describir esa agonía, dolor, angustia y esperanza que tengo luego de cometer pecado. Aunque no cito el salmo en el mismo orden que fue diseñado, casi cito todas sus palabras en acorde a cómo voy dirigiendo la oración. Creo que este salmo es tan relevante, porque David no escondía la realidad de lo que sentía. Al contrario, muestra de forma tan clara lo que le sucede al ser humano que ha sido transformado por Dios y lucha con deseos y acciones que son contrarias a lo que Dios quiere que cambiemos por amor a Él.

Quiero confesar que me está costando mucho trabajo realizar este escrito. Es más, siendo honesto, la introducción que he dado, está buscando al menos dos propósitos que están en tensión. Por un lado, tiene como objetivo desviar la atención para no confesar lo que realmente pasa en mi vida y segundo, ayudarme a prepararme para ser valiente y confesar lo que me sucede. Hay una gran sensación de vergüenza que cada vez que trato de ver cómo elaborar este diario, busco formas para decir lo que me sucede, pero que no parezca ser tan grave. A mí entender gran parte del problema está en el individualismo que hemos desarrollado en occidente y que a su vez el cristianismo que hemos desarrollado no contempla la confesión de pecado entre personas para el fortalecimiento de la vida cristiana. Como dijo una vez un hermano que lo estaba motivando a que considerara rendir cuentas con otra persona: “siento paz en mi corazón de la forma como lo estoy haciendo individualmente y creo que el Espíritu Santo lo confirma de esa manera”. Con esas palabras me cerró el dialogo y aunque yo creo que está incorrecto, me parece que yo no escapo de ese pensamiento en la práctica.

¹ International Bible Society, *Nueva Versión Internacional* (East Brunswick, NJ: Sociedad Bíblica Internacional, 1979), Sal 51:3.

² Ibid, Sal 51:4^a.

Si quisiera comenzar en algún punto de mi vida para este tema, lo quisiera hacer con aquello que creo comenzó lo que me sucede. Me acuerdo como si fuera ayer y fue cuando era adolescente. Un día estaba meditando en el evento de la mujer adúltera que la llevan donde Jesús y le preguntan qué debían hacer con ella. Jesús les responde que el que está libre de pecado que tire la primera piedra. Mi pensamiento, en ese momento, era que el que esté libre del pecado sexual por el cual está acusada la muchacha que empiece y yo dije dentro de mí que, aunque no lo haría, yo lo podía hacer porque no era culpable de eso y no caería en ese error. Claro, ahora entiendo que no se refiere a ese pecado particular, sino que el que esté libre de cualquier pecado. Tuve una gran expectativa y seguridad de mí mismo, que sin ningún arrepentimiento de esa expresión luego de haberla pensado, continué haciendo lo que estaba haciendo con una falsa confianza en la fidelidad que tengo hacia el Señor.

Considero importante indicar que esa expresión no es la que necesariamente me hizo caer. Lo que quiero apuntar es que, en mí, había una falsa seguridad y necesitaba estar confrontada con la realidad de la vulnerabilidad que hay en el ser humano cuando confía en uno mismo. Yo nací en un hogar cristiano y buscaba (y sigo buscando) a Dios con todo mi corazón desde una edad bien temprana, pero al parecer también creció un orgullo como si todo hubiera sido logrado por mis esfuerzos. Escuchar testimonios de gente que Dios los rescató en momentos bien difíciles y pensar que tuve la dicha de crecer en el evangelio sin haber caído en alguna de estas situaciones, desarrolló un orgullo que hasta ese momento me sentía con la capacidad de reclamar una especie de santidad merecida. Muy ingenuo de mi parte pensar que eso lo había logrado con mis esfuerzos.

Durante ese tiempo, había desarrollado una gran amistad con la muchacha que más me gusta y que ahora es mi esposa. La relación de Luz conmigo fue casi todas las etapas que pudiera pasar en alguna pareja: conocida, amiga, mejor amiga, amiguita (esa relación de tener unos “privilegios” sin ser oficialmente novios), novia, separación (dejamos de ser novios), novia nuevamente, comprometida y esposa. La relación desde conocida hasta ahora ha sido de 28 años. Este detalle es importante porque con ella fue que se mostró lo vulnerable que fui al tener confianza en mí mismo. Toda acción de mi parte fue responsabilidad mía y de la misma forma toda acción de ella fue responsabilidad de ella.

Luz desde que la conocí me gustó. Así que de alguna forma procuré relacionarme con ella. Al principio ella me veía como un hermano o amigo que estaba interesado en ella. Luego con el paso del tiempo ella se sintió atraída hacia mí, por lo terco e insistente que fui. Con ello despertó ciertas curiosidades que cada vez las realizábamos, sentíamos necesidad de seguir incrementando. Llegó un momento que ya no teníamos sentíamos en nosotros alguna restricción y fornicamos.

Me dolió mucho haber ofendido a Dios a tal grado que me sentí un traidor del Señor. La misma experiencia que sintió Pedro de haberle traicionado, fue la que sentí al fornicar. El problema no fue que cayera una vez, sino lo hicimos varias veces. Cada vez era más el sentido de culpa, que llegó el momento que dejé de asistir a la Iglesia. No considero que me hubiera apartado, sino que no quería sentirme avergonzado entrando a la Iglesia.

Por una serie de situaciones Luz y yo nos separamos. Esta separación provocó una frustración tan grande en mi vida, que decidí desahogarme en la pornografía. Satisfacía por segundos o minutos una “urgencia”, pero luego duraba por mucho tiempo la culpabilidad, la angustia, el dolor y la pena. También me causaba dolor saber que deshonre a Luz y que la amistad se hubiera tirado por la borda por nuestras acciones.

Aunque ahora estoy con ella, la pornografía nunca ha desaparecido de mi vida. Aún al día de hoy después de muchos años sigo en la lucha con la pornografía. Luz sabe la situación y muchas veces, mientras estoy solo en algún lugar va e invade el lugar para asegurarse que no estoy buscando algo indebido. En todas las ocasiones me es incómodo lo que hace, pero realmente necesito esa incomodidad para mantenerme íntegro. A veces le digo como cariño cuando aparece: “dime mi agujón deseado”. El problema cuando caigo en esta situación la relación con mi esposa se ve afectada ya que descargo mi malestar con ella. Por eso es que prefiero que ella intervenga e invada cada vez que estoy solo para que así no incurra en la práctica.

Cuando caigo, casi siempre viene a mi mente si Dios está haciendo algo al respecto. La pregunta considera dos ideas. La primera es que pareciera que estoy culpando a Dios de mi situación y la segunda es molestia por no ver un cambio definido en mi corazón con respecto a

este tema. Sé que Dios está obrando en mi vida, pero me gustaría ver un cambio radical, donde instantáneamente ya no tuviera ese deseo contrario al amor que tengo hacia Él.

Otra de las situaciones es el cuidado de Mateo y mis estudios. Ejemplo, son las 6pm de un martes, le digo a mi esposa voy a necesitar estudiar para el seminario. Ella sabe qué significa esa expresión y hace todo de su parte por no interrumpir. La razón es que días antes le pedí lo mismo, pero me interrumpía constantemente, al yo no aguantar más, subí el tono de voz gradualmente hasta explotar y decirle que me visualizara como si no estuviera, es más que me viera como si estuviera muerto. Esto la ofende a ella, y yo, por la gran molestia que tenía, decidí salir de la casa e irme a otro lugar que pudiera estudiar sin interrupción. Pero no pude concentrarme porque me sentí mal por haberle ofendido. Por lo tanto, regreso y le pido perdón.

Ese martes a las 6pm que mencioné al principio, le vuelvo a pedir lo mismo, y ella tiene todavía en su mente la experiencia anterior, pero como ella me considera en la mayoría de las cosas que hace (por no decir todas), se le olvida y va donde estoy a consultarme algo, interrumpiendo nuevamente. Me vuelvo a molestar con cada interrupción que hace hasta que vuelvo a explotar en molestia y decirle que mucho fastidia.

Probablemente el problema que tengo al ser tan estricto con los estudios es mi frustración que no los había completado a temprana edad. Me estoy esforzando para realizarlos lo más rápido posible y me gusta dedicar el tiempo suficiente para hacer bueno los trabajos. Lo que me duele es que en ocasiones he optado por sacrificar tiempo para estar con mi familia. Tanto mi esposa como mi hijo no son culpables de mi deseo personal y hasta en cierta forma egoísta, por estudiar.

También ocurren conflictos en decisiones que tomamos con nuestro hijo. Tenemos diferentes perspectivas en cómo consideramos se debe corregir, y cuando ella decide accionar diferente a la forma como estoy haciendo me siento subestimado o ignorado o siento que se me está retando la autoridad. En pocas ocasiones he decidido no decir algo para evitar ofenderla, pero la mayoría de las veces digo algo que al final queda ofendida y vuelvo a sentirme horrible por lo que hice, me confieso ante ella con el deseo que me perdone.

Ejemplo que paso recientemente. Hace tres semanas, estábamos el domingo en la congregación. Me llevo a Mateo en la parte de atrás del local para que pueda hacer ciertas actividades y no interrumpa a los demás hermanos. Para que permanezca quieto por un rato, le doy mi celular para que vea algún video. En eso llega Luz y me dice que no le gusta que le dé el celular cuando estamos en la congregación. Yo le respondo que eso es un problema en la congregación de Carolina (es la congregación yo asistía antes de la pandemia y que ella sigue asistiendo) y no en la de Caguas (que es la congregación que asisto actualmente). Ella me dice que no importa eso y yo le digo, que para mí no hay inconveniente.

Habíamos llegado acuerdos que el primero que dijera lo que se haría en alguna situación con Mateo, es la acción que persistía y que ambos nos apoyaríamos, aunque la segunda parte no estuviera de acuerdo. Luego hablaríamos para saber si habría que cambiar el método. El domingo en la mañana, temprano, le digo a Luz que le voy a dar el celular a Mateo porque deseo atender lo más posible el servicio, aprovechando la regla del primero que indique la situación es la acción que se va a realizar. Ella no le gustó la sugerencia y no estuvo de acuerdo. Entonces yo le digo que, si es así, entonces ya yo establecí una estrategia para lidiar con situación, si no le gusta entonces tiene que encargarse de Mateo en todo el servicio para que no incomode con sus actividades a otros hermanos. Ella se molesta porque no siente apoyo en lo que ella quiere y yo me molesto porque no siento apoyo en lo que yo quiero. Lo que me sorprende de ella es que en medio de todo esto, ella decide accionar en favor a lo que quiero, mientras yo siendo terco persisto en mi forma de hacer las cosas. En todo esto lo que me duele es que quiero dominar la situación y en el momento me dejo llevar por las emociones. Con ello ofendo a Luz por lo que hago y no me gusta estar en el ciclo de hago algo mal, para luego pedir perdón.

Con todo esto en mente, no me gustaría dejar esta reflexión con una sensación negativa. Mi esperanza en todo este proceso es que Dios nos ama, y Luz y yo amamos a Dios ante todo. Queremos ver cambios en nuestro trato matrimonial, parental y hermandad cristiana a la imagen de nuestro Salvador, Jesucristo. Hemos decidido involucrar personas en nuestra vida, para que opinen y sugieran maneras de trabajar lo que hacemos, aunque muchas veces deseamos trabajar solos esta situación, pero tratamos de ser bien intencionales.

Bibliografía

Hunt, June. *Cómo perdonar... cuando no lo sientes*. Bogotá, D.C., Colombia: Centros de Literatura Cristiana, 2008.

International Bible Society. *Nueva Versión Internacional*. East Brunswick, NJ: Sociedad Bíblica Internacional, 1979.

Mack, Wayne A. *Tú Puedes Resolver Conflictos Personales*. Traducido por Lisa Rentz. Graham, NC: Publicaciones Faro de Gracia, 2002.

McKnight, Scot. *The Jesus Creed: Loving God, Loving Others*. Brewster, Massachusetts: Paraclete Press, 2014.

Mirón, Jaime. *La amargura, el pecado más contagioso*. Miami, Florida, EE. UU. de A.: Editorial Unilit, 1994.